

costumbre contraída en el largo curso de los siglos. Los partidarios de esta doctrina responden en efecto, que el instinto es el resultado de un hábito adquirido, no por un individuo, sino por toda la serie de las generaciones de una misma especie. Si se les objeta que en este sentido cada generacion debería aumentar el patrimonio y transmitir por herencia hábitos más perfectos, lo que contradice la invariabilidad de las costumbres de los animales desde Aristóteles y Plinio, responden que ese perfeccionamiento no se consuma sino con una extrema lentitud, y que si hay especies realmente estacionarias, es porque han debido alcanzar los límites del progreso de que son capaces. En definitiva, la inteligencia es también el principio del instinto, puesto que lo es del hábito.

La doctrina que define el instinto segun el sentido etimológico, distinguiéndole á la vez de la inteligencia y del hábito, está gloriosamente representada en la ciencia por Federico Cuvier y M. Flourens. Comparando la inteligencia y el instinto, dan por caracteres distintivos de ambos que en el instinto todo es ciego, necesario, invariable, particular; mientras que en la inteligencia todo es electivo, condicional, modificable y general. El castor construye su cabaña por instinto, impelido por una fuerza irresistible y constante, que obra siempre de la misma manera y aun cuando esté colocado en condiciones que le sea inútil; y no puede desplegar esta industria admirable sino para construir. No es esto decir que esa doctrina rehuse á las bestias la inteligencia; por el contrario, se la concede en proporciones que varían segun las especies, pero como una facultad que se añade al instinto sin confundirse con él. Si esa doctrina refiere por ejemplo al instinto, con la arquitectura del castor el acto del perro que entierra los restos de su comida, á la inteligencia atribuye las acciones variables, individuales, y por decir así, personales de ese mismo perro, del mono ó del elefante. M. Flourens establece aun como una ley, cuyos principales fundamentos habia establecido F. Cuvier, que el instinto y la inteligencia están en los animales en razon inversa uno de otra; que los animales que tienen los instintos más desarrollados, son precisamente los menos inteligentes; por ejemplo, las abejas, las arañas ó los castores; que los más inteligentes tienen por el contrario los instintos menos pronunciados, sin exceptuar de esta ley al mismo hombre, en quien la inteligencia alcanza el grado supremo, la razon, y que no tiene sino vagos y raros instintos. Comparando el hábito y el instinto, Cuvier reconoce que en los actos de hábito como en las acciones instintivas, existe tal dependencia entre las necesidades y los órganos, que el acto sigue inmediatamente á la necesidad, sin la intervencion de la inteligencia para mandar ó combinar los movimientos. Pero mientras que esa dependencia proviene en el hábito, de la retirada al principio insensible y despues definitiva, de la inteligencia que ha comenzado por intervenir, es natural y primitiva en el instinto.

Cuando se confunde el instinto con la inteligencia ó con el hábito, no hay lugar á preguntarse cuáles son los instintos en el hombre. Pero es una cuestion muy natural cuando se hace del instinto un poder especial. Es también una cuestion el saber si los instintos no se refieren más que á los actos que tienen por objeto la conservacion de la vida y la propagacion de la especie, ó si el hombre tiene instintos en el órden moral. La solucion de la primera cuestion depende necesariamente de la solucion que se dé á la segunda. Hay filósofos que pretenden que el instinto no tiene relacion sino con la vida orgánica y reducen á muy corto número los instintos del hombre, citándose por ejemplo el instinto de la succion, de la degluticion y de la conservacion. Por reducida que sea tal lista, está siempre muy mal determinada. Hay algunos que introducen el instinto en la sensibilidad moral y aun en la inteligencia, entre otros Th. Reid y M. A. Garnier. Así el primero reconoce un instinto de la creencia, y el segundo encuentra en un instinto particular el principio de todos los actos morales que el hombre ejecuta más tarde con reflexion. Segun esa manera de ver, los instintos del hombre son innumerables, y la palabra *instintivo* viene á ser sinónimo de *espontáneo*. Donde quiera que la reflexion no interviene, á menos que se trate de un hecho de hábito, deberá referirse el acto al instinto; y como la reflexion no comienza nada, como un acto ha sido siempre espontáneo antes de ser ejecutado con reflexion, se sigue que habria un instinto en el origen de todas las manifestaciones de la actividad del alma.—A. Lemoine, antiguo inspector de la Academia de Paris.

LA NEGACION POSITIVISTA.

Y SU

VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN NTRA. SRA. DE PARIS, POR EL PADRE FÉLIX

II.

(CONCLUYE.)

Y notad bien ante todo, señores, que no se trata aquí de las personas, sino de las cosas; porque al negar el valor científico del positivismo, no tengo el menor afán de rebajar el valor personal de los hombres que se han erigido en apóstoles suyos; antes bien, reconozco que algunos hombres honrados han puesto al servicio de esa idea prodigios de trabajo, y tesoros de saber, que hubiesen dado más fruto sirviendo á una causa mejor.

Ciertamente debemos decir, en obsequio á la verdad, que el positivismo no ha producido hasta ahora su Aristóteles, ni su Bacon, ni su Leibnitz, ni su Newton, ni su Keplero. Pero librenos Dios de imputarle eso como un crimen: no es el ingenio del que lo quiere; porque el ingenio es un astro que rara vez se muestra en el horizonte de las inteligencias. Respecto á la ciencia ya es otra cosa. Con cierta dosis de buena inteligencia, de buena memoria y de buena voluntad, se puede ser sabio si se quiere: los positivistas lo han querido y han llegado á serlo. Pero no son sabios porque son positivistas: su positivismo no entra para nada en su saber. Son sabios á pesar de que son positivistas; porque en la esfera donde ellos se mueven, se llega hasta alcanzar cierto grado de ciencia, cualquiera que sea la filosofía que se profese, ó aunque no se profese ninguna. En fin, sea de ello lo que quiera, la cuestion que aquí se presenta deja fuera de discusion el valor personal de los sabios positivistas: sólo se trata de saber lo que el positivismo, como positivismo, vale ante la ciencia: esa es toda la cuestion: esa cuestion es eminentemente desinteresada: y los positivistas no pueden encontrar mal, que nosotros investiguemos con la mayor lealtad lo que el positivismo hace realmente en favor de ese progreso de la ciencia que en sus sueños busca para la humanidad.

que una ciencia? Y esa ciencia ¿no puede contener otra cosa más que hechos directamente observables? Y todo lo que no entra en esa categoría ¿es forzosamente imaginario? Y ese método ¿es realmente el único que merece el honor de llamarse científico? Vosotros así lo afirmáis; pero nosotros lo negamos, y con nosotros lo niega todo el género humano.

Vosotros, que tan profundo horror teneis á la hipótesis, ¿no experimentais un sentimiento de pudor filosófico al formular sin sombra de prueba una proposición tal como la de que *todos los hechos son esencialmente homogéneos*? Si ese axioma es la evidencia misma ¿cómo es que por espacio de tantos siglos se han obstinado las inteligencias en no verla? Y si esa fórmula no lleva consigo la luz que brilla en los axiomas, ¿cómo no veis que necesita ser demostrada? Y si necesita ser demostrada, ¿por qué la estableceis como principio? ¿Por qué estableceis esa hipótesis gratuita como base de todo ese edificio científico que descansa en el vacío?

Necesito reducirme todo lo posible, señores, y sin embargo no hemos acabado aún de exponer todas las hipótesis positivas. ¡Oh! el positivismo supone todavía otras cosas; y yo llegaría hasta lo infinito si me propusiera exponer todas sus hipótesis gratuitas. Supone que las cosas no tienen principio ni fin. Supone una serie de causas sin causa primera: una serie de leyes sin legislador supremo, y una serie de movimientos sin primer motor. Supone la *inmanencia* intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Supone que lo sobrenatural es imaginario y lo absoluto quimérico. Supone que todo lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada. Supone que no hay teología, metafísica, psicología ni moral, en una palabra, señores: el positivismo supone que él solo tiene razón y que todos los demás estamos en el error: que él es la verdad pura, la verdad íntegra, la ecuación exacta entre la inteligencia y lo inteligible; y que todo lo que no es el positivismo apenas merece que se le conceda el honor vulgar de tener sentido común.

Ved ahí lo que hacen esos hombres, que dicen mirando con un supremo desden al resto de la humanidad: "la Escuela á que yo pertenezco se compone de espíritus positivos, rebeldes á todas las seducciones de la hipótesis y resueltos á no tomar en cuenta sino los hechos demostrados." ¡Ah! las seducciones de la hipótesis triunfan, y no poco, en esos espíritus tan rebeldes á las seducciones de la hipótesis. Pero, ¿qué estoy diciendo?. La hipótesis no es sólo la seducción del positivismo, sino su táctica: no es en él una debilidad, una distracción ó un olvido, sino un sistema. El positivismo tiene formada de antemano su resolución de establecer de una manera arbitraria todos sus puntos de partida, y resistirse en nombre de la ciencia al exámen científico de ellos. Y en efecto: hay una cosa que se ve por todas partes en los libros positivistas; y es que el positivismo tiene, no sólo propensión á la hipótesis, sino manía por ella: así es que se va á derecha y á izquierda, por los dominios de la ciencia ó por los espacios de la literatura, repitiendo siempre lo mismo, á saber, que todos los hechos son *homogéneos*, que los hechos de conciencia son puramente imaginarios, que lo absoluto no existe, que la metafísica es una quimera; es decir, precisamente todo lo que necesitaría demostrar.

Tal es, señores, el primer vicio radical de la doctrina positivista desde el punto de

vista científico, suponerlo todo, y no demostrar nada. Es decir, que se encuentra, respecto á todas las grandes afirmaciones, y entre ellas las que pertenecen al orden natural, en una situación análoga á la que hemos visto que ocupa el naturalismo respecto á lo sobrenatural.

Pero no es este el único vicio que afecta al positivismo en su base: tiene otro no menos capital, que es la contradicción científica elevada á la más alta potencia; así como es hipotético en todas sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos. El positivismo parte de la hipótesis y camina en medio de la contradicción.

A este propósito, podríamos hacer notar, ántes que todo, que el positivismo cae desde su primer punto de partida en la enorme contradicción de proclamar en la ciencia el reinado exclusivo de los hechos, y de reñsar al mismo tiempo, en nombre de la ciencia, todo un conjunto de hechos. Porque, como acabais de ver, el positivismo repite incesantemente su célebre fórmula: los hechos, y nada más que los hechos: y al mismo tiempo arranca al dominio de la ciencia los hechos más palpables que se producen por doquiera así en la cumbre como en el centro de nuestra vida: tales son: el hecho de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural: el hecho del pensamiento, que conoce y percibe lo invencible; el hecho de la inteligencia, que afirma lo absoluto; el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral: hechos todos tan palpables como muchos otros que admite y reconoce, y que sin embargo mira con desden y pasa junto á ellos calificándolos de quiméricos y de imaginarios.

Pero todavía hay en el positivismo una contradicción más radical; que es la de eliminar la metafísica y al mismo tiempo suponerla. Por una parte el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica. La metafísica inspira al positivista una repulsión aún más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene más que nada horror á lo absoluto y la metafísica vive de lo absoluto. De aquí procede su odio instintivo á la metafísica: de aquí el grito de "atrás la metafísica; eliminemos por completo la metafísica." Y por otra parte, el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases. ¿Y quién no ve que las matemáticas tienen puntos de contacto necesarios con la metafísica y que proclamar la ley matemática es proclamar la existencia de la metafísica? ¿Por ventura las matemáticas pertenecen puramente al dominio experimental? No en verdad: los axiomas algebraicos son racionales, no son empíricos. Y en prueba de ello, ¿podría la experiencia sola demostrar una verdad algebraica ó geométrica? ¿Habeis visto en la naturaleza un círculo que os dé á la simple vista la idea matemática del círculo? ¿Conocéis un triángulo rectángulo que os dé la noción absoluta y verdadera del triángulo rectángulo? Nó: la verdad matemática no está en los cuerpos que analizais, ni en la materia ó en la extensión que medís, sino que los domina: sirve para calcular su extensión, su peso y su movimiento, pero no está en ellos. ¿Dónde está, pues, el lugar en que reside el mundo matemático? Está en esa misma metafísica, que no podeis suprimir sin suprimir la base sobre la que intentais levantar todo el edificio de la ciencia.

Tal es, pues, la contradicción radical hácia la cual llamamos aquí la atención de los pensadores que miran lo sustancial de las cosas: basarlo todo en la ley matemática y

2º Vicio
la contradicción científica
E. F.

Penetremos en lo íntimo de las cosas, y vereis como todo protesta en alta voz en nombre de la ciencia contra las pretensiones científicas del positivismo. Porque en efecto, la ciencia misma, examinando ese sistema, descubre en él tres vicios radicales que prueban su nulidad científica: á los que le miren con ménos atención: á saber, la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Lo que ante todo llama la atención en esta prodigiosa doctrina, es que tiene en su base el vicio radical que ella misma echa en cara á todo lo que pretende destruir en nombre de la ciencia, es decir la hipótesis. Oid hablar á ese ingenio tan exigente, tan riguroso, tan severo y tan matemático, que se llama el positivismo, y vereis que todo lo que elimina de la ciencia lo elimina como hipótesis y á título de hipótesis. Si lo oís, todos somos juguetes de la hipótesis: los teólogos suponen todo un mundo de realidades teológicas; los metafísicos suponen un mundo de realidades metafísicas; los psicólogos suponen un mundo de realidades psicológicas; los moralistas suponen un mundo de realidades morales. Nosotros estamos siempre suponiendo. El positivismo no ve por do quiera sino suposiciones, lo mismo en las creencias más acreditadas que en las convicciones más universales: incesantemente nos está hablando de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma. En una palabra, la hipótesis, y siempre la hipótesis, es lo que se cree con derecho á echarnos en cara siempre y en todas partes, como el obstáculo radical que se opone al triunfo de la ciencia.

Después de formar ese proceso en nombre de la ciencia á la tiranía de la hipótesis, parecía natural que el positivismo estuviese á cubierto de las ilusiones de la hipótesis; porque cuando hay valor para excomulgar con tanta altanería casi todas las doctrinas que profesa el género humano como puramente *hipotéticas*, no se concibe que se levante sobre meras hipótesis todo un sistema en que se denuncia á los más grandes ingenios de la humanidad como esclavos de la hipótesis. Y sin embargo, ese es el espectáculo que el positivismo ofrece al mundo sabio en el siglo XIX. Sí: ese grande enemigo de la hipótesis todo lo levanta sobre hipótesis. Preguntad al positivismo dónde están sus bases ciertas y sus principios evidentes, y en todas partes hallareis hipótesis en vez de principios. ¡Y qué hipótesis, señores! Hipótesis que en otro siglo hubieran causado risa á los discípulos más vulgares de la ciencia; y que harán encoger de hombros á los filósofos del porvenir.

Enemigos declarados de la hipótesis, ¿os habeis olvidado de lo que vosotros mismos os veis obligados á suponer?

En primer lugar suponeis que hasta el siglo XIX, el espíritu humano, á pesar del ingenio y de la virtud de sus órganos más famosos se ha visto sometido por la fuerza de las cosas al yugo humillante de las hipótesis gratuitas y de las creencias quiméricas. Y este hecho ni siquiera os tomáis el trabajo de demostrarlo. ¿Y cómo podríamos aceptar sin pruebas una suposición semejante? ¿Cómo habíamos de admitir sin demostración una ley de progreso intelectual, en cuya virtud las inteligencias habían de estar fatalmente condenadas por espacio de largos siglos á afirmar lo falso y creer lo imaginario?

¿Qué hipótesis, señores, la que supone que la fatalidad del error y el reinado inevita-

1º vicio ca-
pital del po-
sitivismo la
"hipótesis"
E. F.

ble de la quimera ha sido una cosa universal y perpetua hasta nuestros días! ¡Cómo! La humanidad está formada de tal manera y la ley invencible que la rige es tal, que necesita comenzar, en el orden de los conocimientos, por el régimen mental teológico, el cual régimen mental es el error y nada más que el error, y luego ha de pasar del régimen teológico al régimen metafísico, cuyo segundo régimen es también el error; sólo que en vez de voluntades libres y quiméricas, hay en él entidades metafísicas imaginarias. Y esos dos estados han de durar siglos y más siglos; y se les encuentra en todas partes; y en todas partes afectan de tal suerte á todas las inteligencias, que ninguna puede sustraerse á la ley de su imperio: hasta que al fin se abre el famoso cielo, ó sea el tercer régimen mental, en que por vez primera el espíritu humano se liberta de la tiranía de la preocupación y de la oscuridad del error, para ver la luz de la verdad y disfrutar de la libertad de la ciencia. ¡Oh soberbios enemigos de la hipótesis, vosotros los que confiscáis en utilidad vuestra los gloriosos títulos de sabios y de filósofos! ¿decidnos qué os parece esta hipótesis, científica y filosóficamente considerada?

Y sin embargo, esta no es aún sino la menor de vuestras hipótesis. Vosotros suponeis además como dogma fundamental de vuestra ciencia nueva, que todos los hechos, de cualquiera clase que sean, están sometidos *al mismo método de comprobación*. Suponeis que toda realidad debe ser conocida por *sólo la observación*, y que ninguna puede alcanzarse directamente por medio del raciocinio. Suponeis que no hay más que una ciencia, que esa ciencia es *el encadenamiento de hechos ligados entre sí por relaciones que pueden observarse directamente*, y que todo lo que entra en esta definición es sólo un sueño y una aprehensión. Suponeis que el método que resuelve los problemas del mundo material y del mundo industrial, es el único que puede tener eficacia para la solución de los problemas que interesan al espíritu humano, y por tanto el único método verdaderamente científico. Declaráis, en fin, á manera de oráculo autocrático, que es preciso desarraigar esa preocupación tan cuidadosamente difundida por los teólogos y filósofos, de que hay dos clases de hechos diferentes, los hechos que caen bajo los sentidos y los que sólo percibe la conciencia; y suponeis como uno de vuestros axiomas más incontestables, que todos esos hechos son esencialmente *homogéneos*.

Pues bien: pregunto yo aquí al positivista más convencido. Todas esas afirmaciones fundamentales y todas esas fórmulas sacramentales de la nueva escuela, ¿son verdades evidentes por sí mismas? ¿Habrá que concederos sin discusión y sin examen, como si fuese un axioma, que todos los hechos, de cualquiera naturaleza que sean, están sometidos á *la misma ley* para su comprobación? Pues eso es exigir que se os conceda lo que estais obligados á demostrar. ¿Quién de vosotros ha probado que en el orden de los conocimientos toda realidad depende sólo de la observación? ¿Cómo demostráis que una cosa no puede ser *real* si no puede ser *directamente observada por los sentidos*? Decís que eso no es necesario demostrarlo: pues en verdad que ese procedimiento científico no puede ser más cómodo. Y no es esto sólo; es preciso concederos también que no hay más que una ciencia y que esa ciencia no es más que el encadenamiento de hechos directamente observables, lo cual es pedir que se empiece por concederos aquello en que consiste toda cuestión. Porque en efecto, ahí está la cuestión toda entera. ¿No hay más